

mayor en que se hallaban las fronteras, la actitud equívoca de La Fayette, la retirada de Luckner, á quien se creía cómplice suyo, y la aproximacion de tropas á Paris, fomentaban la ira y las alarmas de los patriotas. Robespierre seguia en su sistema de quedarse siempre á cierta distancia de todos los movimientos; no se comprometia con ninguno de los partidos extremos, y estaba absorto en las consideraciones generales de la causa pública. Observar, ilustrar y denunciar al pueblo todos los peligros que podian sobrevenirle, era el único papel que afectaba representar. Su popularidad era grande, pero fría y razonada como su papel.

Los murmullos de los que le escuchaban impacientes interrumpian con frecuencia sus largas arengas en la tribuna de los Jacobinos, en donde devoraba impávido las mas crueles humillaciones. Seguro su instinto de la volubilidad de la opinion, parecia revelar de antemano que en aquel conflicto de movimientos contrarios y desordenados el imperio seria al cabo del que permaneciese inmóvil y tuviere mas paciencia. Danton hizo unas mociones terribles en los Franciscanos y en los Jacobinos, y parecia que trataba de adquirir fuerza con el mismo escándalo de sus violencias contra la córte. De este modo ocultaba las inteligencias secretas que mantenía en palacio. «¡Me comprometo, decia, á aterrorizar á esa córte perversa! Ella no despliega tanta audacia sino porque nosotros hemos sido demasiado tímidos. La casa de Austria ha causado siempre las desdichas de la Francia. Perdida una ley que obligue al rey á repudiar á su muger y á enviarla á Viena con todos los miramientos y con toda la seguridad que le es debida.» Este era el medio de salvar á la reina, sirviéndose para hacerlo del mismo odio que se la profesaba generalmente.

Brissot, que se habia mantenido por tanto tiempo en buena amistad con La Fayette, concluyó por entregarle á la ira de los jacobinos. «Este hombre, dijo, se ha quita-

## LIBRO DIEZ Y OCHO.

Tercera comunicacion de La Fayette á la Asamblea.—Alarmas de los patriotas.—Robespierre se mantiene oculto en medio de los nuevos movimientos.—Mociones de Danton.—La Fayette acusado por la Asamblea.—El rey sanciona la suspension de Petion.—Irritacion de los partidos.—Vergniaud toma la palabra.—Caracter y costumbres de este.—Su educacion.—Su retrato.—Sus discursos.—Carta de los jacobinos á los confederados, redactada por Robespierre.—Danton provoca otra nueva peticion en el Campo de Marte.

## I.

Apenas llegó La Fayette al campamento, cuando por tercera vez volvió á dirigirse á la Asamblea, que oyó su escrito con la mayor indiferencia. «¡Me admiró, dijo Isnard, de que la Asamblea nacional no haya enviado desde su barra á Orleans á ese soldado faccioso!»

La lucha sostenida en los Jacobinos entre Robespierre y los del partido de la Gironda, parecia un tanto amortiguada y ya no rivalizaban sino en sus insultos contra la córte y en las amenazas continuas contra La Fayette. La explosion del 20 de junio no habia apagado aquel foco de odio. La inaccion de los ejércitos, el peligro cada dia

do la máscara. Estraviado por una ciega ambicion se erige en protector, y esta audacia le perderá. ¡Digo mal, le ha perdido ya! Cuando Cromwell quiso hablar como dueño al parlamento de Inglaterra estaba rodeado de un ejército de fanáticos y habia obtenido muchas victorias. ¿Dónde están los laureles de La Fayette? ¿Dónde están sus sostenes? ¡Nosotros castigaremos su insolencia y yo probaré su traicion! Sí, yo probaré que él quiere establecer una especie de aristocracia constitucional; que para esto se ha puesto de acuerdo con Luckner; finalmente, que con venir á Paris á presentar peticiones á la Asamblea ha perdido la favorable coyuntura de vencer á nuestros enemigos en las fronteras. No temamos nada, á no ser nuestras divisiones. En cuanto á mí, dijo volviéndose hácia Robespierre, declaro que olvido todo lo que ha pasado.—Y yo, dijo Robespierre despues de haber reflexionado un momento. He sentido que mi corazon se inclinaba á la union y al olvido de lo pasado, por el placer que he tenido al escuchar esta mañana el discurso de Guadet en la Asamblea y por el que experimento ahora al oír el language de Brissot. Unámonos para acusar á La Fayette.»

## II.

Otras peticiones enérgicas de las diferentes secciones de Paris respondieron al pensamiento de Robespierre, de Danton y de Brissot, pidiendo que se hiciese un ejemplar terrible con La Fayette, y que se diese una ley sobre el peligro en que se hallaba la patria. La Fayette al amenazar á la revolucion con su espada, no habia conseguido otra cosa que ponerla mas furiosa. «Dad un gran golpe, decian los peticionarios patriotas. ¡Licenciad el estado mayor de la guardia nacional, esa feudalidad muni-

cipal en donde el espíritu de La Fayette vive aun, corrompiendo el patriotismo!»

El pueblo volvió á reunirse en los paseos y jardines públicos. Delante de la casa de La Fayette se formó un gran grupo y quemó un árbol de la libertad que los oficiales de la guardia nacional habian plantado á la puerta para honrar á su general. A cada instante se temia otra nueva invasion de los arrabales. Petion dirigió á los ciudadanos unas proclamas ambiguas, en las cuales, unidas á las recomendaciones paternales del magistrado, iban envueltas varias insinuaciones pèrfidas contra la córte. El rey sancionó la suspension de Petion de sus funciones de corregidor de Paris. Los facciosos se indignaron al ver que se les quitaba aquel magistrado cómplice en todos sus excesos, y llegando la popularidad de aquel hombre á ser una especie de rabioso frenesi, el grito de *Petion ó la muerte* fué la única respuesta dada á aquella medida. Los guardias nacionales y los *sans-culottes* se batieron en el Palacio Real. Los confederados de los departamentos llegaban en pequeñas partidas para reforzar á los de Paris. Las cartas de los departamentos y de las ciudades traídas á Paris por las diputaciones de estos confederados, respiraban en todos sus renglones la ira nacional. Como muestra de ellas daremos el siguiente fragmento: «¡Rey de los franceses, lee y vuelve á leer otra vez y otras ciento la carta de Roland! ¡Nosotros venimos á castigar á todos los traidores! Es preciso que la Francia se reuna en Paris para arrojar de allí á todos los enemigos del pueblo. La cita es en las paredes de tu palacio ¡Vamos allá!» Este era el language de los confederados de Brest.

El ministro de lo Interior pidió una ley á la Asamblea contra los sediciosos. La respuesta de la Asamblea fué sancionar aquellas reuniones tumultuosas en Paris, decretando, no contenta con esto, que los guardias nacionales y todos los confederados que se presentasen en la

capital fuesen alojados en las casas de los ciudadanos. Intimidado el rey sancionó este decreto. Resolvióse además que se formase otro campo militar en Soissons, y los caminos se cubrieron inmediatamente de hombres que se dirigian á París. Luckner evacuó la Bélgica sin combatir, y el grito de traicion resonó por todo el imperio. Estrasburgo pidió entonces refuerzos. El príncipe de Hesse, revolucionario espatriado que se hallaba al servicio de Francia, propuso á la Asamblea que le dejase ir á defender á Estrasburgo contra los austríacos y llevar delante de sí su atahud, para que éste le recordase su deber y no le dejase otra perspectiva que la de la muerte. Sieyes pidió que se enarbolase en los ochenta y tres departamentos el estandarte del peligro de la patria: *¡Muerte á la Asamblea, muerte á la revolución, muerte á la libertad, si la guillotina de Orleans no acaba con La Fayette!* Tal era el grito unánime de los jacobinos.

## III.

La Asamblea respondió á estos gritos de muerte con emociones convulsivas. Una de esas grandes voces que reasumen el grito de todo un pueblo, y que dan á las pasiones públicas la fuerza y la vibración del talento, Vergniaud, en fin, subió á la tribuna el 3 de julio, y desplegando por primera vez todos sus recursos oratorios, pidió como Sieyes, inspirador y amigo suyo, que se declarase que la patria estaba en peligro.

Elocuente había sido Vergniaud hasta entonces, pero aquel día fué la voz de la patria, y no dejó de serlo hasta que se estinguió su palabra bajo la acerada cuchilla que había estinguido tantas otras. Era Vergniaud uno de esos hombres que se engrandecen de repente en una asamblea, apareciendo sublimes y únicos desde el ins-

tante en que los acontecimientos les proporcionan ocasion de manifestarse tales como son en sí. Pocos meses hacia que este jóven había llegado á París, oscuro, desconocido, modesto é ignorándose á sí mismo, y había ido á parar á casa de tres colegas suyos del Mediodía en la calle de Jeuneurs, en donde le habían cedido un miserable y reducido cuartito. Desde este punto se fué luego á vivir á un pabellon retirado del arrabal, inmediato al jardín del Tiboli. Las cartas que escribía á su familia en aquella época, están llenas de pormenores respecto á los apuros en que se veía para subsistir, pues apenas tenía lo suficiente para ello, á pesar de la estricta economía que observaba. Algunos luises que había pedido á una hermana suya al ir á habitar en la capital, le habían parecido suficientes para poder proveer á su subsistencia por mucho tiempo, pero no tardó en desengañarse al ver la rapidez con que desaparecían, y vemos en una de sus cartas á esta misma hermana en que la pide ropa blanca que cuida al mismo tiempo de encargarla que se la envíe por el conducto que sea mas barato. Este hombre no pensaba entonces ni en hacer fortuna ni en adquirir gloria, sino únicamente en desempeñar cumplidamente su cometido, asustándose en su patriótica sencillez, al reflexionar en la terrible mision que Burdeos le había impuesto. Hay en esta correspondencia epistolar con su familia una prueba tan convincente de la probidad ejemplar de Vergniaud que no nos es posible pasarla en silencio. El Estado era en deber á su familia una cantidad considerable, y aquella, como era consiguiente, le escribió que se encargase de hacerla efectiva; mas no pudo conseguir de él que diese ni un solo paso, temeroso de que si se le concedía lo que con tanta justicia reclamaba, se atribuyese esto á favor y no al derecho que le asistía. «Respecto á esto (escribía á Mr. Alluand, cuñado suyo y á quien miraba como su segundo padre) la delicadeza me impone el deber de no mezclarme en ello.»

En toda su correspondencia con su familia, se advierte una gran sencillez de corazón, unida á una gran dosis de ternura y á un amor entrañable al hogar doméstico. Por sus cartas es imposible adivinar el hombre público, porque no se advierte en ellas la mas mínima señal de espíritu de partido, de fanatismo republicano, ó de rencor al rey, del cual, como tambien de la reina, habla siempre con su familia como de unas personas que le inspiran compasion.

«La conducta equivocada del rey, dice en una de ellas, agrava sus peligros y los nuestros: me han asegurado que hoy vendrá á la Asamblea, pero si no se pronuncia en ella de un modo decisivo no tardará en suceder alguna gran catástrofe. Muchos esfuerzos hay que hacer para dar al olvido tantos pasos erróneos que son calificados de traiciones.» En seguida pasa á tratar de lo apurado de su situación respecto á intereses. «No tengo dinero, dice, mis antiguos acreedores de París me ostigan y como no puedo pagarles de una vez todo lo que les debo, me veo obligado á irles dando un tanto cada mes.» Este jóven, al eco de cuya voz cayó un trono, apenas tenia un sitio en donde reclinar su cabeza por las noches, en la capital de un imperio que iba á conmovier de alto á bajo con el poderio de su palabra.

## IV.

Vergniaud recibió su primera educación en un colegio de jesuitas por la generosidad de Turgot, intendente del Limosin á la sazón. Concluidos sus primeros ensayos entró en el seminario por su vocación á seguir la carrera eclesiástica, pero al ir ya á ordenarse mudó de intencion y se volvió á vivir con su familia. Aficionado á la soledad y de carácter tético, empezó por ser poeta antes de

ser elocuente, haciendo lo que le acomodaba de su talento, sin que él mismo reparase en las grandes disposiciones con que le habia dotado la naturaleza. Muchas veces se encerraba en su cuarto, figurándose en su imaginacion que estaba hablando al pueblo, improvisaba discursos cuyo asunto era siempre sobre las catástrofes de la monarquía. Un dia su cuñado estuvo escuchándole detrás de la puerta, y presintió desde aquel instante la gloria que aquel jóven llegaría á adquirir con el tiempo. Inmediatamente le envió á Burdeos á cursar leyes.

El estudiante fué recomendado al presidente Dupaty, escritor célebre y elocuente parlamentario. Este concibió desde luego grandes esperanzas de aquel jóven, le protegió, le ayudó y le admitió á trabajar con él en su bufete en cuanto estuvo en disposicion de hacerlo. Hay ciertos parentescos de talento muy parecidos á los de la sangre; en este caso el hombre célebre se hizo padre intelectual del huérfano, recordando su cariño las antiguas protecciones de Hortensio y de Ciceron. «He pagado y continuaré pagando aun la pension de vuestro cuñado, escribia Dupaty á Mr. Alluand, yo mismo le he buscado causas de empeño para que principie á ejercer; no le falta sino tiempo, y algun dia adquirirá mucha gloria en el foro; ayudadle á proveer á sus mas urgentes necesidades; aun no tiene trage de etiqueta; he escrito á su tío escitando su generosidad para que le regale uno, y me prometo conseguirlo; en cuanto á todo lo demas, descansad en mí y confiad en el interés que me inspiran sus infortunios y su talento.»

Pronto justificó Vergniaud los presagios de su ilustrado amigo. Pronto adquirió al lado de Dupaty las virtudes austeras de la antigüedad, asi como las formas magestuosas del foro romano. Se conocia al ciudadano en el abogado, y el hombre honrado daba autoridad y conciencia á la palabra. No teniendo apenas con que sostenerse con los primeros honorarios que cobró, tuvo que

deshacerse de la corta herencia que tenía de su madre para pagar con su importe las deudas contraídas por su difunto padre, rescatando de esta suerte el honor de su memoria con todo lo que poseía, y llegando á París casi indigente. Bayer Fonfrede y Ducós de Burdeos, amigos suyos, le dieron mesa y habitación. Vergniaud descuidaba los medios de adquirir, como todo hombre que tiene la conciencia de su propia fuerza interior, y trabajaba poco, fiado en la suerte y en su naturaleza. Su carácter indolente se complacía en dormir y en abandonarse á la negligencia propia de la edad y de el hombre de talento: era necesario moverle para que despertase de sus goces de jóven y empujarlo á la tribuna ó al consejo; para él, así como para los orientales, no había punto de transición entre la ociosidad y el heroísmo, la acción le hacía elevarse, pero se cansaba pronto y recaía de nuevo en los perezosos ensueños del hombre de talento.

Brissot, Guadet y Gensonné, le presentaron en casa de madama Roland, que no le halló ni muy viril ni muy ambicioso, vistas las grandes facultades que le acompañaban. Sus costumbres meridionales, sus gustos literarios, y su inclinación hacía otras bellezas menos dominantes, le hacían frecuentar la sociedad de una actriz del teatro Francés, llamada madama Simon Candeille, para la cual escribió bajo un nombre supuesto, algunas escenas del entonces célebre drama titulado *La bella Fermière* (La linda arrendadora). Aquella jóven á la vez poetisa, escritora y cómica, desplegaba en este drama todos los encantos de su alma, de su talento y de su hermosura. Embriagábase Vergniaud en esta vida artística, musical, de declamación y de placeres, apresurándose á gozar de su juventud como si presintiese lo poco que había de durarle. Su carácter era meditabundo y perezosos sus hábitos. Levantábase al medio día, escribía unas cuantas cuartillas, siempre sobre la rodilla como si estuviese muy ocupado y tuviese que aprovechar el tiempo. Sus discursos los

componía en los ratos de cavilación y los retenía en la memoria con el auxilio de notas; su memoria los iba limando á su gusto para darles elocuencia, á la manera que el soldado limpia su armamento en los ratos desocupados, porque este hombre era de tal naturaleza, que no se contentaba con que sus golpes fuesen mortales, sino que tan celoso del mérito oratorio como de la política, quería además que todo lo que saliese de su boca fuese brillante y magnífico. Una vez dado el golpe, dejaba la réplica á la suerte y se abandonaba de nuevo á la inercia. No era este hombre el de todos los momentos, sino solamente el de las grandes ocasiones.

## V.

Era Vergniaud de mediana estatura, pero robusto y bien formado. Unido al aplomo de la estatua del orador se notaba en él algo del atleta de la palabra; su nariz era corta, algo ancha y de ventanillas muy abiertas, indicio claro de altivez. Tenía los labios gruesos y muy pronunciados, indicando que habían sido modelados para arrojarse la palabra á torrentes, cual lo están los del triton para dar salida á un gran surtidor. Sus ojos negros y llenos de fuego parecía que querían saltarse de sus órbitas por debajo de sus bien pobladas cejas; su frente espaciosa y achatada tenía la finura del espejo, y en ella se reflejaba la inteligencia; su cabello castaño ondulaba al menor movimiento de su cabeza cual le sucedía á Mirabeau; su rostro marcado por las viruelas era semejante al mármol desgarrado por el cincel, y su color pálido tenía la lividez de las emociones profundas. En su estado normal no se hubiera distinguido á este hombre entre la multitud, y hubiese pasado confundido entre las demas gentes sin llamar la atención, ni fijar las miradas de na-

die; pero cuando su alma se dibujaba en su fisonomía, así como se dibuja la luz sobre un busto, el conjunto de su aspecto tenia la espresion del idealismo, y el esplendor y la belleza que no se hallaba en ninguna de sus facciones en particular. La elocuencia iluminaba su rostro, y los músculos palpitantes de sus cejas, de su sienes y de sus labios se modulaban en su pensamiento confundiendo éste con su fisonomía. En la trasfiguracion del genio, la luz de Vergniaud era la palabra; el pedestal de su belleza la tribuna: cuando bajaba de ella desaparecia aquella especie de divinidad y el orador no era mas que un hombre como cualquiera otro.

## VI.

Este es el retrato exacto del célebre patriota que subió el 3 de julio á la tribuna de la Asamblea nacional, y que con la actitud de la consternacion y de la ira se recogió por un momento en su imaginacion, tapándose los ojos con la mano antes de empezar á hablar. Lo trémulo de su voz al pronunciar las primeras palabras, su acento grave, áspero y mucho mas profundo que de ordinario, unido á su aspecto abatido y á la energia triste y concentrada de su fisonomía, indicaban á las claras la lucha interior de una resolucion desesperada, predisponiendo á la Asamblea á una emocion grande y siniestra como la fisonomía del orador. Era éste uno de aquellos dias en que todo se espera, y en los que nadie se admira de cuanto pueda acontecer. «¿Cuál es, pues, dijo Vergniaud, la estraña situacion en que hoy se encuentra la Asamblea nacional? ¿Qué terrible fatalidad es la que nos persigue y que señalando cada dia con nuevos acontecimientos, é introduciendo el desorden en nuestros ordinarios trabajos, nos impulsa sin cesar hácia la agitacion tu-

multuosa de los temores, de las esperanzas y de la inquietud de las pasiones? ¿Qué destino prepara á la Francia esta terrible efervescencia, en cuyo seno casi llega á dudarse si la revolucion retrograda ó se adelanta hácia su término? En cuanto á nuestros ejércitos del Norte, parece que progresan en la Bélgica; los vemos replegarse ante el enemigo, traése la guerra á nuestro territorio, y á los desgraciados belgas no les queda ya de nosotros sino el fatal recuerdo del incendio que ha alumbrado nuestra retirada. Por la parte del Rhin van llegando cada dia nuevas tropas prusianas, que se escalonan como les place sobre nuestras dismanteladas fronteras. ¿Y cómo se esplica, que precisamente en el momento de una crisis tan decisiva para la salud de la patria, se paralice el movimiento de nuestros ejércitos y por una desorganizacion súbita del ministerio, se rompan los lazos de la confianza y se entregue á la casualidad y á manos inesperadas la salvacion del imperio? ¿Será cierto que se teme que triunfemos? ¿Qué sangre es la que se trata aqui de economizar, la del ejército de Coblenza ó la del nuestro? Si el fanatismo de los sacerdotes amenaza entregarnos á la vez á los horrores de la guerra civil y á la invasion; ¿cuál es, pues, la intencion de los que hacen rechazar con invencible tenacidad la sancion de nuestros decretos? ¿quieren acaso reinar en pueblos enteramente desiertos y sobre campos devastados? ¿A cuánto asciende la cauidad de lágrimas, de miserias, de asesinatos y de horrores que necesitan para saciar su venganza? ¿En dónde estamos en fin? Y vosotros, señores, cuyo valor se lisonjean haber hecho vacilar los enemigos de nuestra Constitucion, vosotros, cuya conciencia y prohibidad se trata de alarmar cada dia, calificando vuestro amor á la libertad de espíritu de partido, ¿habeis olvidado acaso que una corte déspota, y los cobardes héroes de la aristocracia han dado el nombre de facciosos á los representantes que fueron á prestar el juramento en el Juego de pelota, á

los vencedores de la Bastilla y á todos los que han hecho y sostenido la revolucion? ; Vosotros , á quienes se calumnia porque sois estraños á la raza que la Constitucion ha confundido en el polvo y porque los hombres degradados que sienten tener que prosternarse ante ella, no confian en que quereis ser cómplices suyos para derribarla; (aplausos) vosotros, á quienes se quisiera separar del pueblo, porque los que lo intentan saben que el pueblo es vuestro apoyo y que si por una culpable desercion abandonaseis su causa, mereceriais que aquel tambien os abandonase y no sintiese el disolveros; vosotros á quienes se ha tratado de dividir, pero que trasladareis para despues de la guerra vuestras divisiones y que no hallais tan dulce el aborreceros, que no prefirais este goce infernal á la salud de la patria; vosotros, á quienes se ha querido asustar con peticiones armadas, como si no supieseis que al principio de la revolucion el santuario de la libertad se vió rodeado de los satélites del despotismo, París sitiado por el ejército de la corte, y que estos dias de peligro fueron los mas gloriosos de nuestra Asamblea! ; Vosotros todos, quien quiera que seais, oid atentamente lo que tengo que deciros sobre el estado de crisis en que nos hallamos! Estos disturbios interiores reconocen dos causas: primera, los manejos é intrigas aristócratas: segunda, las maquinaciones del clero. Ambas tienden á un mismo objeto: ; La contrarrevolucion!....

## VII.

«El rey ha negado su sancion á vuestro decreto sobre los disturbios religiosos. Yo no sé si los sombríos genios de los Médicis y del cardenal de Lorena andan aun errantes bajo las bóvedas del palacio de las Tullerías,

ni si el corazon del rey está dominado por las ideas fanáticas que le sugieren; pero no es permitido creer sin injuriarle y sin acusarle de ser el enemigo mas peligroso de la revolucion, que quiere animar con la impunidad las tentativas criminales de la ambicion sacerdotal y de volver á los orgullosos *soportes* (1) de la tiara el poderío con que han oprimido á los pueblos y á los reyes. Tampoco es permitido creer sin hacerle agravio y sin acusarle de ser el mas cruel enemigo del imperio que se complazca en perpetuar las sediciones y en eternizar los desórdenes que precipitarian su ruina, conduciéndole á la guerra civil, por lo cual concluyo, que si resiste á vuestros decretos, es porque se considerará bastante fuerte por sí mismo para no necesitar los medios que vosotros le ofrecéis para mantener la tranquilidad pública. Si acontece que esta no pueda mantenerse, que la tea del fanatismo amenace aun incendiar el reino, y que las violencias religiosas asolen todavía nuestros departamentos, síduda que todo esto consiste en que los agentes de la autoridad real son la causa de todos nuestros males. ;Pues bien, que respondan con su cabeza de todas las sediciones cuyo pretesto sea la religion! ;Mostrad en esta responsabilidad terrible el término de vuestra paciencia y calma de esta suerte las inquietudes alarmantes en que se halla la nacion! Vuestra solicitud por la seguridad exterior del imperio os ha hecho decretar la formacion de un campo militar en las inmediaciones de París: todos los federados de Francia deben acudir aquí el 14 de julio á repetir el juramento de vivir libres ó morir. El aliento emponzoñado de la calumnia ha marchitado este proyecto y el rey se ha negado á sancionarlo. ;Yo respeto demasiado el ejercicio de un derecho constitucional para proponeros que hareis responsables á los ministros de

(1) Término heráldico con el que se designa las figuras de animales que sostienen el escudo de armas. (N. del T.)

esta negativa, pero si llegase á suceder que el suelo de la libertad se viese profanado antes de la llegada de los balallones, vosotros debeis tratarlos como traidores, y necesario será precipitarlos en el abismo que su incuria ó su maldad haya abierto bajo los pasos de la libertad! ¡Rompamos en fin la venda que la intriga y la adulacion han puesto en los ojos del rey, y mostrémosle el término á que unos amigos pérfidos se esfuerzan por conducirlo. En nombre del rey, unos principes franceses sublevan contra nosotros las córtés europeas; por vengar la dignidad real se ha concluido el tratado de Pilnitz; por defender al rey acuden á Alemania á alistarse en las banderas de la rebelion las antiguas compañías de guardias de Corp<sup>s</sup>; por acudir en socorro del rey se alistán los emigrados en los ejércitos austriacos y se preparan á desgarrar el seno de la patria; por unirse á los valientes paladines de la prerogativa real, es por lo que otros abandonan sus puestos en presencia del enemigo, hacen traicion á sus juramentos, roban las cajas, sobornan á los soldados y fian su honor á la bajeza del perjurio, á la insubordinacion, al robo y al asesinato: en una palabra, no hay desastre posible en el que no se halle mezclado el nombre del rey.

«Ademas, yo leo en cierto artículo de la Constitucion lo siguiente: «Si el rey se pone á la cabeza de un ejército y dirige las fuerzas contra la nacion, ó sino se opone por un acto formal á una empresa semejante ejecutada en su nombre, se entiendo que ha abdicado la corona.» En vano seria que el rey respondiese: Es verdad que los enemigos de la nacion tratan de hacer ver que no obran sino para realzar mi poder, pero yo he probado que no soy cómplice suyo; yo obedezco á la Constitucion, y he puesto tropas en campaña, verdad es, que estas tropas son débiles, pero la Constitucion no designa la cantidad de fuerza que debo darles; verdad es, que las he reunido demasiado tarde, pero la Constitucion no

designa el tiempo en que debo reunir las; verdad es que pudiera haberlas hecho sostener por unos campamentos de reserva, pero la Constitucion no me obliga á formar estos campamentos; verdad es que cuando los generales avanzaban en el territorio enemigo sin hallar resistencia, yo les mandé retirarse, pero la Constitucion no me prescribe conseguir la victoria; verdad es que mis ministros han engañado á la Asamblea nacional en cuanto al número, á la disposicion y al aprovisionamiento de las tropas, pero la Constitucion me da derecho de escoger los ministros, y no me ordena en ninguna parte que dispense mi confianza á los patriotas ni que no eche mano de los contrarevolucionarios; verdad es finalmente, que la contrarevolucion se opera, que el despotismo va á poner en mis manos su cetro de hierro, que yo os destruiré, que tendreis que arrastraros en mi presencia, y que yo os castigaré por la insolencia de querer ser libres, pero todo esto lo haré constitucionalmente; aun no ha dimanado de mi ningun acto que la Constitucion condene. No os es permitido, pues, dudar de mi fidelidad hácia ella, ni de mi celo por defenderla. (Vivos aplausos).

«Si es posible, señores, que en las calamidades de una guerra funesta, y en medio del desórden producido por un cambio contrarevolucionario use el rey de los franceses este lenguaje irrisorio, si es posible que hable de su amor á la Constitucion con tan insultante ironía, ¿no tendremos nosotros derecho para responderle?...»

## VIII.

«¡Oh rey, que sin duda habeis creido, como el tirano Lisandro, que la verdad era de tan poco valor como la mentira y que es necesario engañar los hombres con ju-



ramentos, como se engaña á los niños con juguetes; que no habeis fingido amor á las leyes sino para conservar un poder que os sirve para insultarlas; que no habeis mantenido la Constitucion sino para que ella no os precipitase del trono en que os veis obligado á permanecer para destruirla; que no habeis tratado de alucinar á la nacion sino para asegurar el éxito de vuestras perfidias inspirandola confianza, ¿pensais acaso engañarnos hoy con hipócritas protestas? ¿Pensais alucinarnos sobre la causa de nuestras desgracias con artificiosas excusas y con audaces sofismas? ¿Es buen modo de defendernos oponer á los ejércitos estrangeros unas fuerzas, cuya inferioridad no permite ni aun dudar de que han de ser derrotadas? ¿Es buen medio de defensa desechar los proyectos que tienden á fortificar el interior del reino y á hacer preparativos de resistencia para la época en que seamos presa de los tiranos? ¿Es defendernos no reprimir á un general que infringe la Constitucion é inutiliza el valor de los que le sirven? ¿Es defendernos paralizar á cada paso la accion del gobierno por la desorganizacion continua del ministerio? ¿Os deja la Constitucion la eleccion de ministros para que hagais nuestra felicidad, ó para que labreis nuestra desdicha? ¿Os hace gefe del ejército para nuestra gloria ó para nuestro oprobio? ¿Os concede, en fin, el derecho de sancion, una lista civil y tantas prerogativas para que perdais constitucionalmente á la Constitucion y al imperio? No, no: hombre á quien la generosidad de los franceses no ha podido conover; hombre á quien únicamente ha podido hacer sensible el amor al despotismo, vos no habeis cumplido el voto de la Constitucion; ésta perecerá tal vez, pero vos no recogeréis el fruto de vuestro perjurio, no os habeis opuesto por un acto formal á las victorias que se consiguen en vuestro nombre sobre la libertad, pero tampoco recogeréis el fruto de tan indignos triunfos. ¡Nada sois ya para esta Constitucion que habeis infringido tan indignamente

para este pueblo á quien tan cobardemente haceis traicion! (Repetidos aplausos).

«Como los hechos que acabo de esponer no están desnudos de alusiones muy directas, respecto á ciertos actos del rey: como es cierto que los falsos amigos que le rodean están vendidos á los conjurados de Coblenza y arden en deseos de perder al rey para trasladar la corona á las sienes de algunos de los gefes de sus complots; como importa á su seguridad personal tanto como á la del imperio, que su proceder no sea reputado sospechoso, propongo que se le envíe un mensaje que le recuerde las verdades que acabo de esponer, demostrándole que la neutralidad que guarda entre la patria y Coblenza es una traicion para la Francia.»

## IX.

«Pido además que declareis que la patria está en peligro. Vereis como á este grito de alarma se reunirán todos los ciudadanos, se cubrirá nuestro suelo de soldados y se renovarán aquellos prodigios que cubrieron de gloria á los pueblos de la antigua edad. ¿Los franceses regenerados del 89 han decaído acaso de su patriotismo? ¿no ha llegado ya el día en que se reunan los que están en Roma con los que están sobre el monte Aventino? ¿esperareis que cansados de las fatigas de la revolucion ó corrompidos por la costumbre de brillar en torno de un palacio se habitúen las almas débiles á hablar de la libertad sin entusiasmo y de la esclavitud sin horror? ¿quélazo es el que se trata de tendernos? ¿se quiere acaso restablecer el despótico mando militar? Se sospechan proyectos péfidos en la córte, que hace correr la voz de movimientos militares, de proclamar la ley marcial, y de este modo se familiariza la imaginacion con la idea de

ver correr la sangre del pueblo. El palacio del rey de los franceses se ha convertido de repente en una ciudadela. ¿En dónde están los enemigos contra quienes se asestan sus cañones y se afilan sus bayonetas? Los amigos de la Constitución han sido espulsados del ministerio, las riendas del imperio fluctúan á la casualidad cuando para sostenerlas se necesita tanto vigor como patriotismo: por todas partes se fomenta la discordia, el fanatismo triunfa, y la connivencia del gobierno aumenta la audacia de las potencias extranjeras, que vomitan contra nosotros ejércitos y cadenas, y entibian las simpatías de los otros pueblos, que hacen votos en secreto por el triunfo de la libertad. Las cohortes extranjeras se mueven, la intriga y la perfidia traman transiciones; el cuerpo legislativo opone á estos complots unos decretos rigurosos, pero necesarios, y la mano del rey los rasga. Llegado es el momento de llamar á todos los franceses para salvar la patria, mostradles el abismo en toda su inmensidad. Solo por un esfuerzo extraordinario podrán salvarla; vosotros debéis prepararlos para un movimiento eléctrico que haga lanzarse á todo el imperio en defensa de la libertad. ¡Imitad á los espartanos de las Termópilas, ó á aquellos ancianos venerables del senado romano que en los umbrales de las puertas de su casa aguardaron la muerte que unos feroces vencedores traían á su patria! ¡No, no tenéis necesidad de hacer votos para que renazcan vengadores de vuestras cenizas; el día en que vuestra sangre enrojezca la tierra, la tiranía con todo su orgullo, con sus dorados palacios y con sus altivos protectores, desaparecerán para siempre ante la omnipotencia nacional y la ira del pueblo!»

## X.

Este discurso en que todos los peligros y calamidades de la época eran achacadas tan artificiosamente á solo el

rey, resonó en toda la patria cual si fuese el toque de generala del patriotismo: meditado antes en casa de madama Roland, comentado en los Jacobinos, dirigido á todas las sociedades populares del reino y leído en las sesiones de todos los clubs, avivó en la nación entera todos los resentimientos que cada particular tenía contra la corte. En sus palabras estaba el 10 de agosto. Una nación que habia concebido semejantes sospechas y hecho tales amenazas á su rey, no podia ni obedecerle ni respetarle: la proclamacion del peligro de la patria era en el fondo una declaracion de traicion contra el poder ejecutivo. Brissot y Condorcet, con un discurso el uno, y el otro en un proyecto de mensaje al rey, desenvolvieron con menos grandeza, pero con mas reñor, estas consideraciones, envenenando la herida que el golpe de Vergniaud habia hecho al trono. Robespierre redactó en los Jacobinos un mensaje dirigido á los federados; en él al mismo tiempo que hacia mencion de los mismos peligros de que habia hablado Vergniaud en su discurso, indicaba con anticipacion al pueblo que muy en breve tendria que combatir á otros enemigos que los de la corte, con anticipacion tambien infundia en las almas las sospechas y se ponía en salvo para cuando triunfasen los girondinos. «¡Salud á los franceses de los ochenta y tres departamentos! ¡Salud á los marseleses! ¡Salud, decia, á la patria poderosa é invencible que reúne á sus hijos en rededor suyo en los días de sus peligros y de sus fiestas! ¡Abramos nuestras casas á nuestros hermanos! Ciudadanos, ¿no habeis venido sino para celebrar una vana ceremonia al confederaros y para prestar juramentos superfluos? ¡No, no, vosotros acudis al grito de la nación que os llama! Amenazados por la parte exterior del reino, engañados en el interior, estamos rodeados de unos gefes perdidos que llevan nuestros ejércitos á la perdicion, nuestros generales respetan el territorio austriaco é incendian los pueblos de nuestros hermanos los belgas;

ese pérfido La Fayette, ese monstruo abominable ha venido á insultar en su casa á la Asamblea nacional. ¿Cómo envilecida, amenazada y ultrajada puede existir aun? Tantos atentados han despertado en fin á la patria y vosotros habeis respondido á su llamamiento. ¡Huid de las caricias de ese hombre fatal, huid de sus banquetes, en donde se bebe el moderantismo y el olvido del deber: alimentad las sospechas que habeis concebido y no las separeis de vuestro corazon, porque la hora terrible va á sonar! Ved aquí el altar de la patria, ¿consentireis que unos cobardes ídolos vengan á colocarse entre la libertad y vosotros para usurpar á aquella el culto que la es debido? ¡No prestemos juramento sino á la patria, y eso en manos del rey inmortal de la naturaleza. Los perjurios de nuestros enemigos nos vuelven á llamar al Campo de Marte; en este sitio no podemos fijar nuestra planta en ninguna parte que no haya sido teñida en sangre inocente, derramada por esos hombres funestos de que os estoy hablando! ¡Purificad este suelo, vengad aquella sangre, y no salgais de este recinto hasta despues de haberos decidido de corazon á salvar la patria!»

## XI.

Camilo Desmoulins y Chabot denunciaron tambien en los Jacobinos el proyecto de fuga del rey y la próxima llegada de La Fayette. «¡Pueblo, se abusa de tu credulidad, dijo á su vez Danton; nunca se transige con los tiranos: es indispensable que nuestros hermanos de los departamentos juren no separarse hasta tanto que los déspotas sean castigados por la ley ó se hayan refugiado al extranjero. El derecho de peticion no ha sido enterrado en el Campo de Marte con los cadáveres de las víctimas que allí fueron sacrificadas! ¡Preséntese una peticion so-

bre la suerte del poder ejecutivo en ese mismo Campo de Marte por la nacion soberana!»

Dijo y salió, dejando esta mocion enigmática á la consideracion reflexiva de los patriotas. Sóbrio de palabras é impaciente en sus intrigas, Danton era enemigo de pronunciar largos discursos, y así forjaba una palabra como se acuña una medalla, palabra que ponía luego en circulacion entre la muchedumbre. Al salir de allí encontró un grupo de hombres alarmados que le rodearon inmediatamente y le preguntaron cuál era su parecer respecto á los asuntos publicos. «Allí están, dijo señalando con un gesto despreciativo á la puerta de los Jacobinos, una porcion de simples que se entretienen en deliberar. ¡Qué imbéciles son! añadió dirigiéndose al grupo; ¿para qué sirven tantas palabras, tantos debates sobre la Constitucion y tantos miramientos con los aristócratas y con los tiranos? Haced lo que ellos han hecho hasta ahora, poneos encima y procurad tenerlos siempre debajo de vosotros: ¡hé aquí toda la revolucion!»